

**DIÓGENES DE SÍNOPE Y LOS FILÓSOFOS PERROS:
ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL IDEARIO DEL
MOVIMIENTO CÍNICO DE LA ANTIGÜEDAD.**

Por Cristóbal Zarzar Muñoz*

* Cristóbal Zarzar Muñoz es Licenciado en Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Contacto: czarzar@uc.cl

Célebres son las anécdotas que cuentan que un filósofo que tenía un tonel por morada, usaba masturbarse en el ágora ateniense, mandaba a paseo al mismísimo Alejandro Magno, y se mofaba de Platón lanzando a sus pies un gallo desplumado, mientras aquél disertaba con solemnidad acerca de su definición del hombre como un “bípedo-implume”. No tan conocido, en cambio, es el nombre del protagonista de estas historias, Diógenes de Sínope, ni menos aún el movimiento del cual éste fue el fundador y máximo exponente: el cinismo antiguo, movimiento tanto filosófico como literario que se extendió desde principios del siglo IV a.C., hasta fines del mundo antiguo occidental. El cinismo recibe su nombre por el modo de vida que llevaban sus figuras, similar al de los perros, o acaso por el nombre del gimnasio donde se dice que su precursor impartía enseñanzas. Justamente, la palabra “cínico” (*kynikós*) viene de “perro” (*kýon, kynós*), y quiere decir algo así como “perruno”, o “propio de un perro”. Como quiera que sea, lo cierto es que no es difícil imaginar por qué sus contemporáneos los compararon con el mencionado animal, pues se caracterizaron por su impudicia y desvergüenza para ocupar cualquier lugar para realizar cualquier propósito. Por otra parte, con la mordacidad que puede traer la más absoluta franqueza de palabra (*parresía*), no cesaron de criticar a los hombres muelles, ni de exhortarlos a que llevaran una vida virtuosa. Se hicieron también de un género literario propio (*kynikòs trópos*), denominado “serioburlesco” o “seriocómico” porque utilizaba la risa como vehículo de lo serio, para así llegar más fácilmente a sus interlocutores y poder extirpar los errores que se asentaban en el alma. La versatilidad que le permitía a este

género adoptar variadas formas literarias hizo que la influencia y alcance de la filosofía cínica en la literatura no tenga precedentes.

En su libro *Vidas de filósofos ilustres*, el doxógrafo Diógenes Laercio nos cuenta que Diógenes “el Cínico” era hijo de Hicesio, quien tenía a su cargo la banca estatal de la ciudad de Sínope, colonia griega ubicada a orillas del Mar Negro en la costa norte de la actual Turquía. Las fuentes difieren en si fue su padre o él mismo –como lo habría confesado en uno de sus libros– quien invalidó la moneda vigente. También se dice que Diógenes, como inspector o administrador asistente de su progenitor, e instigado por los obreros para que adulterara la moneda, habría acudido a Delfos para consultar al famoso oráculo consagrado al dios Apolo qué es lo que debía hacer, y como la respuesta fuese que debía “invalidar la moneda” o “reacuñar la moneda” (la expresión griega es “*paracharáttein tò nómisma*”), el sinopense fue y adulteró el dinero, estropeando las monedas con un punzón; al ser descubierto, según algunos, fue desterrado, según otros, huyó mientras su padre fue apresado.¹

El crimen consistente en falsificar la moneda de la ciudad fue producto de una mala interpretación del ambivalente dictamen del oráculo por parte de Diógenes, quien habría tomado dicha sentencia en su literalidad en lugar de comprender su sentido figurado. Pero, ¿cuál es este significado metafórico que se oculta tras lo literal? Si bien la expresión griega “*paracharáttein tò nómisma*”, en su acepción literal quiere decir “invalidar la moneda”, ella también puede ser entendida como “invalidar las convenciones sociales vigentes”, volverse contra la opinión pública, la legalidad y los valores imperantes.

Pero cabe preguntar ¿por qué invalidar las convenciones sociales, y los valores de la *pólis*? Para comprender esto debemos decir que lo que tiene carácter convencional (lo cual se designa con la palabra griega ‘*nómos*’), se encuentra aquí en tensión antagónica con el concepto de naturaleza (*phýsis*). El cinismo retoma de esta manera la vieja oposición entre naturaleza y ley que era un tópico característico de los sofistas del siglo V a.C., y sus figuras se posicionan en contra de lo convencional, propio de la *pólis*, y a favor de la naturaleza. Este abanderamiento se debe a que los cínicos consideran que por medio del influjo de la *pólis* los hombres adoptan falsas creencias acerca del mundo, concepciones

¹ D.L., VI, 20-21.

erradas, convenciones injustificadas, las cuales trastocan sus valoraciones. Todo esto produce la corrupción de los deseos de los hombres, suscitando deseos vanos que no son conformes a la naturaleza sino que carecen de límites, plantean exigencias insaciables e impiden una satisfacción estable, generando angustia y ansiedades irracionales que alejan a los hombres de una vida virtuosa y feliz.

A partir de la oposición entre *phýsis* y *nómos* se comprende entonces que el cínico busca invalidar las convenciones y los valores de la *pólis* en función de rescatar los valores naturales. Ciertamente, el “reacuñar la moneda” implica un momento negativo, de invalidación de los valores sociales establecidos, pues adulterar la moneda es declarar falsa la válida, revelar el carácter falso de la vigente. Hay entonces un proceso desvalorizador a través del cual se intenta superar los valores sobre los que una sociedad se sustenta tomándolos como reales y situados “más allá de toda duda”. Sin embargo, esta fase destructiva no es un fin en sí mismo y su sentido resplandece al comprender su carácter preparatorio para una nueva perspectiva, un nuevo orden de valores y principio de valoración. Todo arado dispone la tierra para volver a sembrar y cosechar; asimismo, este primer estadio se deja ver como condición de posibilidad del momento afirmativo que vendrá a consumir la tarea cínica. La positividad del “invalidar la moneda” consiste en darle un nuevo cuño, en sustituir los falsos valores vigentes –avalados socialmente– por aquellos verdaderamente válidos. En contra del “régimen postizo de lo convencional”², la re-acuñación de los valores se revela como una re-clamación de lo natural, como una restitución del orden de la naturaleza entendida como lo verdadero y como valor originario.

Es este carácter corrupto y corruptor de la vida cívica de la *pólis*, que no hace más que ocultarnos nuestra verdadera naturaleza, lo que los filósofos cínicos se dedicaron a criticar con mordacidad. El combate encabezado por Diógenes fue virulento y la batalla abarcó todos los frentes. Uno y otro, los cínicos se opusieron a las diferencias establecidas entre los seres humanos, como las que hacían distinciones según la posición social y la nobleza de cuna, o las que justificaban la institución de la esclavitud y la discriminación de las mujeres.³ Se burlaban de quienes andaban henchidos por meras ilusiones como la fama

² Oyarzún, P., *El dedo de Diógenes*, Dolmen Ediciones, Santiago, 1996, pp. 206-207.

³ Cfr. por ejemplo: D.L., VI, 1, 10-12, 96-98.

y honores semejantes.⁴ Despreciaron el poder y las riquezas, las cuales sólo esclavizaban a los hombres.⁵ Insidiosos fueron también sus ataques a la religión popular y sus parodias a sacrificios con las que se mofaban de la superstición de la gente.⁶ En fin, sus dardos estuvieron siempre dirigidos contra lo que consideraban obstáculos para alcanzar una vida plena.

Pero no debemos perder de vista el sentido de esta actitud iconoclasta. La interpretación que nos interesa sugerir es que los cínicos no propusieron volver a un estado salvaje pre-social⁷, como algunos estudiosos han sostenido; sus críticas no se hicieron extensivas a toda forma de vida en sociedad, sino que rechazaron aquellas convenciones irracionales y las valoraciones contraproducentes que sólo producían sufrimiento y alejaban a los hombres de la virtud, entendida como una vida en conformidad con la naturaleza. Hay dos aspectos de la filosofía cínica que apoyan esta propuesta de interpretación. El primero de ellos hace referencia a lo que se conoce como “cosmopolitismo cínico”, mientras que el segundo está relacionado con lo que podríamos llamar la “función político-social” del cinismo.

* * *

Cosmopolitismo

El rechazo de la *pólis* por parte del cinismo es claro. Renegar de la pertenencia a una determinada ciudad es parte de las consecuencias lógicas que trae negar el valor del *nómos*, el cual ha sido desenmascarado como mera convención social. Sin embargo, al parecer no sería correcto interpretar este repudio como una actitud meramente negativa. De

⁴ Cfr. D.L., VI, 24, 72, 78, 104.

⁵ Cfr. D.L., VI, 38, 43, 45, 50, 51, 82, 86-88.

⁶ Cfr. D.L., VI, 4, 24, 37, 39, 42, 43, 48.

⁷ Cfr. Long, A., “La tradición socrática: Diógenes, Crates y la ética helenística”, en R. Bracht Branham & M.-O. Goulet-Cazé (eds.), *Los Cínicos. El movimiento cínico en la Antigüedad y su legado*, Seix Barral, Barcelona, 2000, p. 59. El autor señala que tal es el punto de vista de H. Niehues-Pröbsting (*Der Kynismus des Diogenes un der Begriff des Zynismus*, Munich, 1979), al cual adhiere. Al respecto, cfr. también Onfray, M., *Cinismos. Retrato de los filósofos llamados perros*, Paidós, Buenos Aires, 2002, p. 138; García Gual, C., *La secta del perro. Diógenes Laercio: Vidas de los filósofos cínicos*. Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 24.

hecho, las declaraciones de Diógenes al respecto dan cuenta de las implicaciones positivas de su posición: el primer testimonio dice que cuando le preguntaron de dónde era, Diógenes respondió: “Cosmopolita” (la palabra griega es “*kosmopolítes*”, literalmente “ciudadano del cosmos”).⁸ También decía que sólo hay un gobierno justo: el del universo (*kosmos*).⁹

Hubo quienes tomaron estas sentencias como meras negaciones que no significarían más que “no soy un ciudadano de ninguna de sus ciudades griegas”¹⁰. Pero, si bien es cierto que los cínicos negaban validez a toda ciudad conocida y que no reconocían legitimidad a ninguna ley, consideramos que el cosmopolitismo cínico fue más que “una reacción contra cualquier tipo de coerción impuesta por la comunidad sobre el individuo”. En efecto, es posible reconocer ambas formulaciones como positivas, pues en lugar de responder diciendo “soy *ciudadano* del mundo”, Diógenes podría haber dicho simplemente “no tengo *pólis*”. Por ejemplo, si me preguntan acaso soy chileno o argentino y yo contesto “soy sudamericano”, mi respuesta abarcará “tanto el rechazo de un nacionalismo restrictivo –es decir, ni chileno, ni argentino– como la adhesión a una lealtad más amplia”¹¹ (el ser sudamericano). Por otra parte, al optar por la respuesta “el único gobierno justo es el del cosmos”, el cínico elige cierta enunciación distinta de algo así como “no hay gobierno justo”.

Pero ¿qué es lo que significa proclamarse “ciudadano del mundo”? Tras la radicalidad de este desembarazo de todo acotamiento artificioso, asoma un sentimiento de pertenencia que va más allá del límite arbitrariamente impuesto por la legalidad. No obstante, pese al rechazo de las delimitaciones ficticias, el Cínico continúa empleando la palabra “ciudadano” (*polítes*). ¿Por qué?

⁸ D.L., VI, 63.

⁹ D.L., VI, 72.

¹⁰ Dudley, D., *A History of Cynicism. From Diogenes to the 6th Century AD*, Bristol Classical Press, Bristol, 1998, p. 35, quien cita on aprobación a Tarn, W., “Alexandre the Great and the Brotherhood of Man”, *Proceedings of the British Academy*, XIX, 1932.

¹¹ Moles, J., “El cosmopolitismo cínico”, en R. Bracht Branham & M.-O. Goulet-Cazé (eds.), *Los Cínicos. El movimiento cínico en la Antigüedad y su legado*, Seix Barral, Barcelona, 2000, p. 147.

En la Grecia de ese entonces el significado de la palabra “ciudadano” (*polítes*) variaba según cada ciudad y régimen¹², pero en cualquier caso respondía a una clara delimitación y a un sentido de pertenencia. Con su terminología, Diógenes mantiene el concepto de ciudadanía para así rescatar y poner énfasis en el sentido de pertenencia que lo define, aunque si bien su intención es conservar el mismo término con el cual comúnmente se expresaba fidelidad a una determinada circunscripción, a la vez lleva dichos márgenes a su máxima laxitud. De este modo, la ciudad de más amplias fronteras se convierte en un absurdo y pasa a ser una no-ciudad. La subversión consiste en que así el concepto de ciudadanía pierde toda su utilidad e importancia: al invalidar el *nómos*, no hay más ley que la *phýsis*, y al no haber más que una sola *pólis* no es necesario hacer distinciones inexistentes para la naturaleza. En otras palabras, si todos somos ciudadanos bajo la misma ley de la naturaleza, “si todos somos compatriotas, entonces la noción de ciudadanía ya no tiene sentido”¹³. De esta forma Diógenes reconduce los límites a su origen, es decir, termina con los deslindes artificiales para volver a los naturales.

* * *

Función político-social

Como protesta contra el orden establecido, el cinismo “fue también, a su manera, una filosofía política, una crítica radical de todas las instituciones dominantes y una propuesta de cambio revolucionario de la sociedad”¹⁴. El movimiento cínico fue “político” también en cuanto a su *modus operandi*, pues si bien sus figuras no participaron de las instituciones que gozaban de legitimidad para poner en práctica sus preceptos, sí filosofaron públicamente, en medio de la *pólis* griega, en lugar de retirarse al desierto, a las montañas o a una finca aislada del resto de los hombres. Si permanecieron realizando su

¹² Bredlow, L. A., “Polítes y kosmopolítes: algunas notas sobre ciudadanía y filosofía en el mundo antiguo”, Conferencia pronunciada en las IV Jornadas de filosofía política de la Universidad de Barcelona: “Ciudadanía posible, ciudadanía deseable” (del 19-22 de noviembre de 2007), 2007, p. 3.

¹³ Bredlow, art. cit., p. 7.

¹⁴ Bredlow, art. cit., p. 6.

filosofía en el ámbito público, en medio de una sociedad en franca decadencia, ello fue porque pretendían llevar su mensaje a los hombres, como una verdadera terapéutica que podía extirpar las concepciones erróneas y curar los delirios, pues su intención era hacer posible otros modos de vida en comunidad, un modelo alternativo al de la *pólis*, como aquella única ciudadanía del cosmos, con la cual los hombres pudiesen llevar una vida feliz de acuerdo a las prescripciones de la naturaleza.¹⁵

* * *

Nuestro breve examen del cosmopolitismo cínico nos ha permitido reparar en su carácter positivo, pues aquel rechazo de cualquier vínculo con una ciudad griega particular no es sino producto del reconocimiento y la adhesión a un ciudadanía más amplia. Es precisamente este sentido de pertenencia lo que nos lleva a desestimar la interpretación del cinismo como una filosofía que propugna el abandono de toda forma de vida social. Lejos de tales fines, sus agudas críticas buscan denunciar las irracionales convenciones y falsas valoraciones amparadas por la *pólis* para mostrar que es posible llevar un modo de vida alternativo en conformidad con la naturaleza. De otro modo, si la intención de los filósofos perros hubiese sido promover una vida solitaria y salvaje, no sería posible comprender por qué realizaron su actividad filosófica abiertamente –tal como lo hiciera Sócrates–, en medio de aquella *pólis* que ellos mismos criticaban. Es por esto que, entendida en un contexto pedagógico-terapéutico, hemos propuesto leer la función político-social del cinismo como una exhortación a adoptar su modo de vida, como una invitación a unírseles para compartir juntos aquella ciudadanía del cosmos.

¹⁵ Como bien lo vio E. Weber (“De Dione Chrysostomo Cynicorum sectatore”, *Leioziger Studien*, X, 1887, p. 126. Citado en Lovejoy & Boas, *Primitivism and related Ideas in Antiquity*, vol.1, John Hopkins Press, Baltimore, 1935, pp. 122-123): “Los cínicos no estaban tan preocupados por salvar sus propias almas como para descuidar la salvación de la humanidad; por el contrario, ellos asumieron el deber de liberar de sus cadenas a aquellos que se encontraban esclavizados por vicios o falsas opiniones. Por lo tanto no buscaron, como otros filósofos, aislados jardines para filosofar, sino que deambularon por calles, templos y gimnasios, predicando su nueva doctrina. ¿Cuánto, entonces, tendría que fracasar un cínico en su deber como para retirarse a la soledad del campo o de los desiertos?”.

Bibliografía

Bredlow, Luís Andrés, “Polítes y kosmopolítes: algunas notas sobre ciudadanía y filosofía en el mundo antiguo”, Conferencia pronunciada en las IV Jornadas de filosofía política de la Universidad de Barcelona: “Ciudadanía posible, ciudadanía deseable” (del 19-22 de noviembre de 2007), 2007, pp. 1-12.

Dudley, Donald R., *A History of Cynicism. From Diogenes to the 6th Century AD*, 2nd ed. with a foreword and bibliography by Miriam Griffin, Bristol Classical Press, Bristol, 1998.

García Gual, Carlos, *La secta del perro. Diógenes Laercio: Vidas de los filósofos cínicos*. Alianza Editorial, Madrid, 2002.

Laercio, Diógenes, *Lives of eminent philosophers*, with an English translation by Robert Drew Hicks, 2 vols., Harvard University Press (Loeb Classical Library), Cambridge, Massachusetts/ London, 1925.

Long, Anthony A., “La tradición socrática: Diógenes, Crates y la ética helenística”, en R. Bracht Branham & M.-O. Goulet-Cazé (eds.), *Los Cínicos. El movimiento cínico en la Antigüedad y su legado*, trad. por Vicente Villacampa, Seix Barral, Barcelona, 2000, pp. 45-68.

Lovejoy, Arthur O. & Boas, George, *Primitivism and related Ideas in Antiquity*, vol.1, John Hopkins Press, Baltimore, 1935.

Moles, John L., “El cosmopolitismo cínico”, en R. Bracht Branham & M.-O. Goulet-Cazé (eds.), *Los Cínicos. El movimiento cínico en la Antigüedad y su legado*, trad. por Vicente Villacampa, Seix Barral, Barcelona, 2000, pp. 142-162.

Onfray, Michel, *Cinismos. Retrato de los filósofos llamados perros*, trad. por Alicia Bixio, Paidós, Buenos Aires, 2002.

Oyarzún, Pablo, *El dedo de Diógenes*, Dolmen Ediciones, Santiago, 1996.

Zarzar, Cristóbal, *Diógenes de Sínope y la filosofía perruna: estudio sobre los conceptos fundamentales del movimiento cínico de los siglos IV-III a.C.*, Tesis presentada al Instituto de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile, para optar al grado académico de Licenciado en Filosofía, 2009, 205 págs.